

DE PICASSO A JUAN RAMON PASANDO POR CALDERON

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

EL año 1981 no es sólo el comienzo real de la década angustiosa, sino también el mojón de muchos centenarios. No se asuste el lector, que no vamos a contarlos todos. Pero de algunos hay que ocuparse: son como una marea que nos anega y llegan como las olas del mar y aún como miasmas sutiles. Y sabido es lo que escribió Echegaray:

*Contra las olas del mar,
luchan brazos varoniles.
Contra miasmas sutiles,
no hay manera de luchar.*

(Lo dijo en «El gran galeoto», obra que este año será centenaria.)

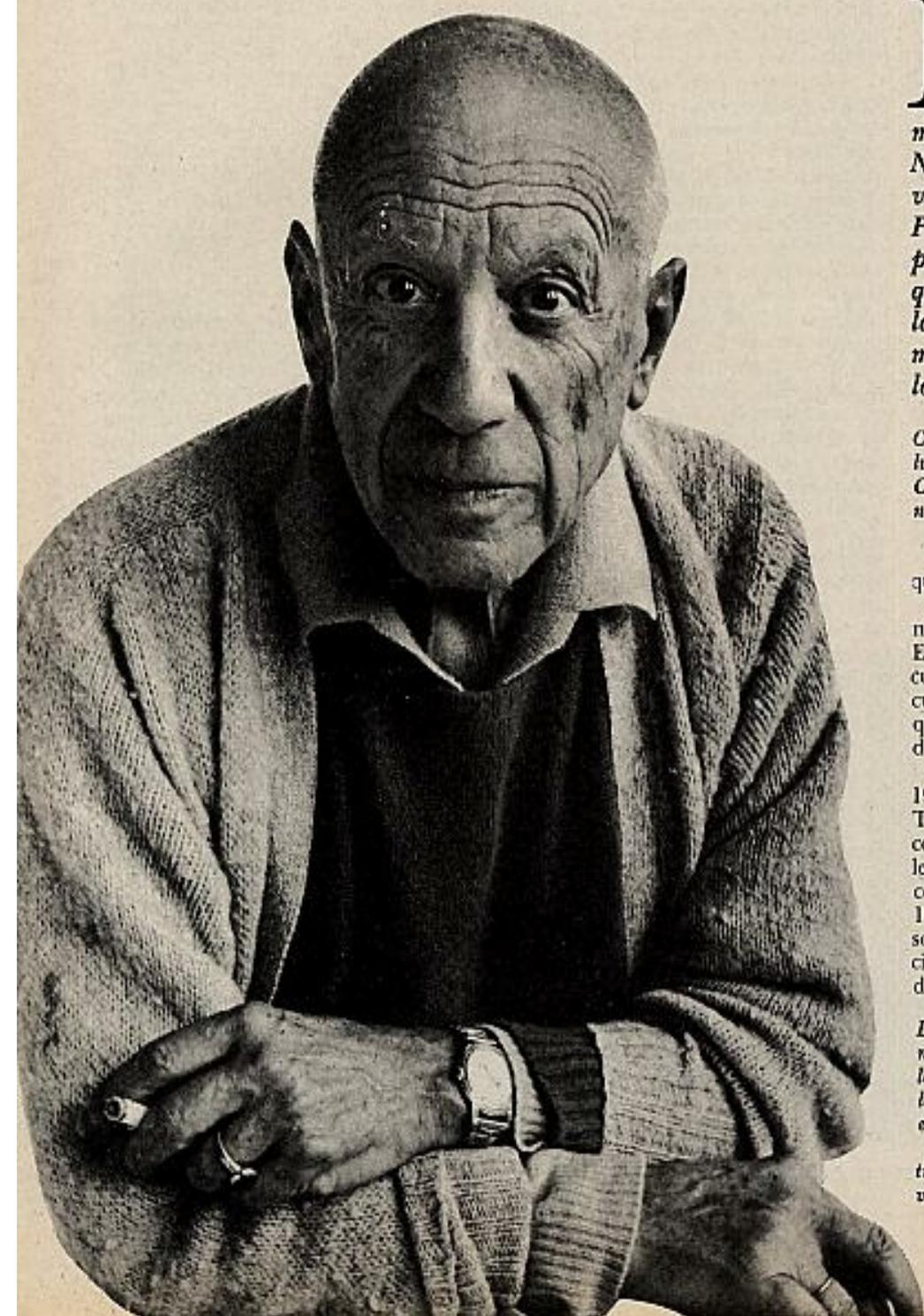
Además de no poder luchar, a veces no hay tampoco motivo para hacerlo. Es bueno recordar a los muertos, cuando no lo están. La nuestra es una cultura con cierto sentido histórico, que es cosa que a lo mejor nos viene del componente judaico.

Dos de los grandes centenarios de 1981 son los de Juan Ramón y Picasso. Tan vivos ellos hoy. Podríamos decirlo con unos versos de José Angel Valente, del que no se cumple ningún centenario puesto que nació no más en 1929, pero que vienen bien, sus versos, para desengrasar de Echegaray, citado así tan de improvisto por aquello de la cronología:

*Los que yacen aquí
no yacen, velan;
los que yacen aquí,
los que descansan
en paz bajo su nombre, según*

[rezan

*tiempo y piedra, no duermen,
velan siempre.*



CRONICA DE GENTES

(De «El peregrino», recogido en «Punto Cero», Poesía 1953-1979, Seix Barral).

El juicio de J.R.J. sobre Picasso

¿Cómo vio Juan Ramón a Picasso? Escribe en «Españoles de tres mundos»: «En nadie, después de El Greco y antes de él —ni en Cézanne, ni en Van Gogh, ni en Gauguin, ni en ningún otro de los agudos y altos— llega a esta espiritualidad afilada y aguileña de ellos dos» (se refiere a Picasso y El Greco). Sigue: «Creo que todo el cubismo —El Greco fue el primer cubista— reside en una especie de cuadratura del círculo, desviando ciegamente la idea hacia el arte...»

Angel Crespo en su estudio «Juan Ramón Jiménez y la pintura» (Editorial Universitaria, Puerto Rico), señala: «...parece que Juan Ramón no comprendió el cubismo. No queremos decir que no lo admitiera desde el punto de vista de su gusto personal, sino más bien que no debió de preocuparse por obtener una información suficiente sobre sus presupuestos lingüísticos.»

Juan Guerrero —que es a Juan Ramón como Eckermann a Goethe— recoge un comentario del poeta a un artículo de Giménez Caballero en «la Gaceta Literaria».

—Fijese usted que es la primera pedrada que se lanza contra Picasso, y lo bien lanzada que está, pues este es el momento en que va a comenzar su decadencia.

El juicio final es absolutario y aún

favorable: «No sé qué me pasaba con él que, saboreando infinitamente su esquisita y álgida pintura —dibujo, sentimiento, color y humor— fue necesario que un libre determinismo del espíritu suelto en el cuerpo caído, lo elevase al puesto primero.»

La carta de Juan Echevarría

Estos elogios crecen en nuestra estima al ver el tratamiento de Juan Ramón a otros pintores. Hay una carta a Juan Echevarría donde resplandece esa capacidad de herir que tenía Juan Ramón (hemos de llegar a Quevedo o a Alberto Cardín para hallar otra igual).

Echevarría quería terminar un retrato de Juan Ramón. Era, casi, el retratista oficial de su tiempo (aunque uno prefiera a Vázquez Díaz). Hay doce muestras de ello en la amplia iconografía barojiana, donde también Picasso tiene otra: el dibujo que hiciera para la portada del primer número de la revista «Arte joven», en 1901, cuando el pintor vivía en Madrid en la calle Zurbano.

Esta es, entera, la terrible carta:

«Sr. D. Juan Echevarría

Mi querido amigo:

le agradezco a usted profundamente su segunda invitación para pintarme mi retrato, y le voy a hablar con mi habitual franqueza.

Por las conversaciones que hemos tenido y por los cuadros que he visto de usted, he comprendido que su espíritu y el mío andan por muy distintos lugares. Mi sombra está

tratada con luz. Yo no tengo nada que ver, además, con ese montón estético-social-náutico que llaman jeneración del 98, ni en tiempo... ni en espacio, y los que me colocan en ella, con ese afán de colocación y esa gana de definición tan característica entre españoles, lo hacen burda e inconscientemente.

Un retrato, tanto como el retratado es el que retrata; es como un hijo de un casamiento ideal. Para que una mitad del retrato se sienta a su gusto, es preciso que la otra mitad le sea grata; el mío estará siempre como esos niños en quienes padre y madre se están arañando constantemente como un perro y un gato, con las naturales consecuencias.

Perdóneme, pero creo que debo decirle lo que le he dicho antes de hacer entre su pintura y mi poesía un monstruo duradero.

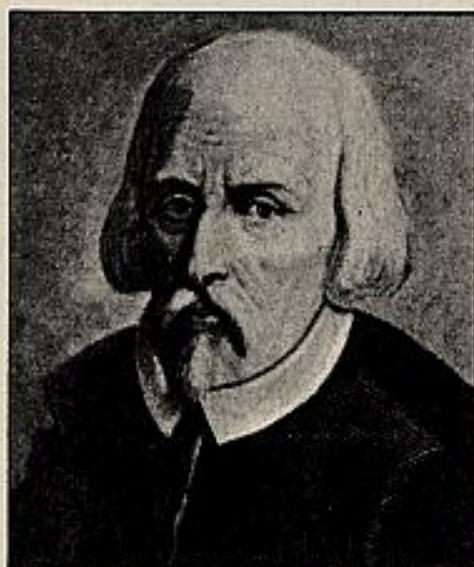
Suyo siempre.

J.R.J.»

Correggio, en rojo y en negro

Otro centenario (este centenario y medio, ciento cincuenta años): en 1831 Stendhal publica «Rojo y Negro». Y parece que fue ayer. Pasarán más de mil libros, muchos más, de los editados ahora y éste no pasará. Al menos mientras exista Consuelo Berges. Porque hoy hablar de Stendhal en España es hablar con Consuelo Berges, su enamorada traductora.

Al comentar los tres borradores de una carta que Stendhal dirigió a Bal-



Calderón, grabado de la Biblioteca Nacional, un centenario de un hombre de larga vida (81 años). Stendhal, centenario de dos libros seguidos. Sánchez Dragó, más disidente que nadie. Umbral.



Presentación en Madrid del libro «La otra historia de UC», de Fernando Jauregui y Manuel Soriano, por Luis Carandell (con ellos el editor Emiliano Escolar). Error de la portada: Landelino aparece riéndose.

zac (para agradecer un artículo de éste sobre «La Cartuja de Parma») cita Consuelo Berges los modelos de estilo que Stendhal proclama en ellos: el Código Civil, el mariscal Saint-Cyr, Ariosto, Fénelon, Montesquieu y Correggio.

Lo de Correggio es «algo más que una audazocurrencia de momento». El hombre que exclamó ante un cuadro de Ra-

fael «Yo también soy pintor!» impregna con su pintura al decir de la Berges, muchos pasajes cartujanos.

Stendhal es también un muerto que está vivo, ahora que tantos vivos parecen estar muertos. Sus obras se reeditan e incluso se leen, como sucede con Flaubert. Ahí están los catálogos de Alianza y Bruguera. Hubo un tiempo en que

los enamorados tímidos regalaban «Del Amor». Y otro en que un stendhaliano tan ilustre e ilustrado como Ortega lo glosaba.

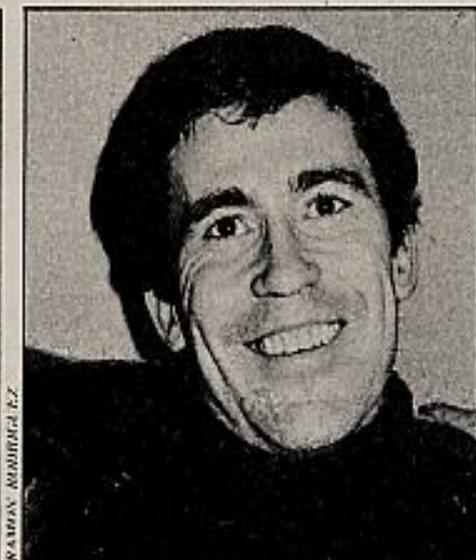
También se reedita a Calderón en colecciones populares. Así «La vida es sueño» y «El alcalde de Zalamea», por Emiliano Escolar, editor. Viene el centenario de Calderón, necrológico porque murió en 1681. Su vida, además de sueño, fue larga: nació en 1600.

El enfado de Carrillo

De Calderón habrá teatro oficial este año, digo yo. Y lo vamos a tener de Manuel Puig. El argentino autor de «La traición de Rita Hayworth» y «Pubis Angelical» publica nuevo libro—«Maldición eterna a quien lea estas páginas»— y pasa otro a teatro: «El beso de la mujer araña». Pepe Martín y Juan Diego serán (temporalmente, claro está) el homosexual Molinita y el joven revolucionario que comparten la celda.

Otro autor que traslada una novela al teatro es nuestro Vázquez Montalbán, aquí vecino. En diciembre estrenó en Madrid, y ahora lleva a Barcelona y Valencia, «Solamente una vez». Es adaptación del Grupo Tábano de «Cuestiones marxistas», «novela escrita como una obra de teatro y dedicada a las peripecias en torno a un imposible encuentro entre Groucho, Harpo y Carlos Marx, los únicos hermanos Marx que me interesan».

Quienes saben dicen que Carrillo se ha enfadado mucho con el «Bestiario» de Vázquez sobre su marcopoliano



Rojo y Negro», Montserrat Roig, libro del invierno de «Las cuatro Estaciones», de Argos con «La hora Violeta». Juan Luis Cebrián: Teoría de Madrid», con dibujos de Alfredo (Espasa Calpe).

CRONICA DE GENTES

viaje a China (TRIUNFO N.º 2).

Quienes saben todavía más que los que más saben dicen que el jefe comunista actualizó así a los hermanos marxistas de Vázquez:

-Groucho es Tamames y Harpo es Ballesteros.

Y entonces preguntó Enrique Curiel, el discípulo amado:

-¿Por ventura soy yo Carlos, maestro?

Respondió Carrillo:

-No, hijo mío. Carlos Marx soy yo.

(Hay otra versión que presenta así la respuesta de Carrillo a Curiel:

-No seas presumido: es Blancanieves.)

Carrillo es, últimamente, todo un hacedor de frases y un deshacedor de nombres. La lanzada sobre Tamames



Carrillo protesta y Tamames lee el periódico, en el tercer pleno del congreso (julio 1977). Ahora, además de indiferencia, parece ser que existe agresividad.

*Inmanuel Kant
(1798),
dibujo
de Outtrich.*

y sus muchas ocupaciones es histórica y ha pasado ya a ser un bien mostrenco. Veamos una prueba de ello.

Cuando el ministro de Agricultura presentó en el Congreso el «proyecto de ley de creación del parque nacional de Garajonay» (Canarias), Tamames atacó la política ecológica del Gobierno con citas que iban del Plioceno a las últimas teorías del ecodesarrollo. Pedía una «solidaridad diacrónica» con las generaciones venideras.

Escuchaba el ministro Lamo de Espinosa con esas orejas de radar que se ha de comer la tierra (objeto administrativo de su ministerio) y que parecen heredadas de Arias Navarro. Y salió a responder:

-El señor Tamames por las muchas ocupaciones que tiene se fija poco en lo que dice.

La voz de una asamblea de acosados

Casi a la vez, Miguel Delibes presentaba un libro de Joaquín Araujo («Todavía vivo», Penthalon Ediciones). Araujo da voz (que el voto lo tienen Tamames y Lamo de Espinosa) a los animales reunidos en «Asamblea de

Acosados». Cada uno habla en su estilo: los reptiles sin signos de puntuación.

Este Miguel Delibes no es el auténtico, sino un renuevo. Es su hijo. Se parece al padre en que le gusta mucho el campo y se distingue en que no va de caza. Como todo el mundo sabe para Miguel Delibes, padre, lo importante es cazar y lo secundario es escribir.

Vive el renuevo de Delibes en Sevilla y es biólogo, relacionado con la estación de Doñana. Allí, en Doñana, me dice, vivían casi fuera del mundo. Unos colegas suyos tardaron dos días en enterarse de la muerte de Carrero Blanco. «Está la radio», dije. «Sí, pero la sensación de aislamiento puede sobre todo», me responde.

Es verdad. Aquello es un mundo aparte, un mundo otro. Y ahí está «Agata, ojo de gato», la novela de las tierras-aguas de la marisma, que hizo Caballero Bonald.

«Toda la noche oyeron pasar pájaros»

Caballero Bonald es hombre de poca obra, pero todas ella muy premiada. Tiene los dos premios de la Crítica: novela y poesía. Ahora vuelve con nueva novela: «Toda la noche oyeron pasar pájaros», título prestado por Cristóbal Colón de su diario. El libro saldrá en Planeta.

Caballero escribe más cosas. Jerezano como es prepara un «Breviario del vino». Este librito abre una nueva colección de un antiguo editor: José Estebán (fundador de «Ciencia Nueva» y «Turner», entre otras aventuras editoriales). Más «Breviarios»: la fabada, por Paco Ignacio Taibo; el pescado de la Costa Brava, por Carlos Barral; el whisky, por Angel González; el sancocho canario, por Armas Marcelo; el cocido, por el propio Pepe Estebán...

Y muchos, muchos, más libros. Todas las noches —e incluso algunas mañanas— vieron presentar libros, aseguraron los colonos de estas Américas editoriales.

En olor de multitud (bastaba para ello con los numerosos autores), presentaba Salvat sus «temas Clave»: «cien

obras para conocer y comprender nuestro mundo». Ambición digna de Fausto y de Kant.

Disidentes todos son

Con Kant volvemos a los centenarios («Crítica de la razón pura», 1781). Pero antes sigamos con más libros. Dos de Juan Luis Cebrián, el joven director de «El País»: «La Prensa y la calle», Nuestra Cultura, y «La España que hosteza», Taurus.

Uno de Leguineche, presentado por Cebrián: «La tribu». Esta tribu es la de los enviados especiales, tribu de periodistas que llega a Guinea Ecuatorial tras la caída de Mañas. Leguineche es

un vasco gordo, pacífico y pacifista que se pasa la vida de guerra en guerra. «La tribu» es una novela editada por Argos Vergara. Argos, también, hace su autora de invierno en «Las cuatro estaciones» a Montserrat Roig con «La hora Violeta».

Otros catalanes (los de la Caixa) llevan o traen —según desde donde se lea y se mire— las esculturas de Joan Miró. Eso está muy bien. Y asimismo lo está la promesa de ampliar el campo a otros artistas. Porque con Miró hemos pasado de la nada al todo. Ahora cada nuevo ministro de Cultura organiza un homenaje a Miró o algo así.

Para 1982 tendremos los homenajes a Murillo (tercer centenario de su muerte). Entre vírgenes y ángeles se abre paso la nueva imagen de un pintor en alza. Espasa Calpe se adelanta al centenario con un estudio de Diego Angulo, donde se cataloga por vez primera una obra del pintor sevillano: «San Francisco de Asís en el momento de recibir las estigmas».

Otras presentaciones: Luis Carandell hace la del libro «La otra historia de UCD». Sus autores son Fernando Jaúregui y Manuel Soriano, dos periodistas que hay que darlos con nombre y apellido, porque si no parecen un dúo musical: Soriano y Jaúregui. Son un dúo bien conjuntado. El dibujante Ortuño cometió un grave error, al hacer la portada, según Jaúregui: ha dibujado a Landelino riéndose.

El mexicano Arturo Azuela, nieto del Mariano Azuela de «Los de abajo», trae una publicación importante: «Revista de la Universidad de México», ya podían hacer aquí algo así. Y dos libros: «Manifestación del silencio» y «El tamaño del infierno», que al parecer es muy grande. Arturo es matemático, buen oficio para un escritor. Umbral teoriza un Madrid dibujado por Alfredo González.

Es natural y lógico que ante tanto libro salga un suplemento literario nuevo. Lo lleva el polémico y bestsellero Fernando Sánchez-Dragó en «Diario 16». Se llama el suplemento «Disidencias». Y allí disienten todas las semanas, entre otros, Eduardo Haro Ibars, Jiménez Losantos, Ramón Buenaventura, José María Álvarez, Alberto Cardín, Eduardo Bronchalo, Luis G. Escribano, Manuel Bayo, José Luis Merino, Giménez Caballero, Domingo Ynduráin... Y me acuso de los que no me acuerdo, como igualmente hago con los libros.

Dejaremos a Kant para otra vez y acabe felizmente el lector la penitencia de tan libresco crónica, que si la historia del pensamiento —según Don Inmanuel decía— era un «andar a tientas», ésta ha sido un andar a saltos. Vale. ■ V.M.R.



Juan Ramón por Juan Echevarría. Un retrato inacabado. Basta leer la terrible carta de Juan Ramón al pintor para saber el motivo: «Por las conversaciones que hemos tenido y por los cuadros que he visto de usted, he comprendido que su espíritu y el mío...».